

# Capítulo 15 - El Ermitaño - El Último Orellen

El Ermitaño

Isla Hemarland

Tres Años Después

Llegaba como siempre lo hacía: un cosquilleo en su piel, tenue como la caricia de una ala de polilla.

Habían pasado dos meses desde la última vez, y Kalen casi había vuelto a aprender a ignorar la incómoda ausencia de magia en la isla. Era desagradable, pero se había vuelto familiar, como acostumbrarse por fin a respirar por una sola fosa nasal después de una larga gripe.

Pero en cuanto sintió el cosquilleo, recordó. Se detuvo justo en medio de la plaza central del pueblo y respiró profundo. Sí. No debería ser así. No debería sentirse tan vacío.

“¿Kalen? ¿Por qué te has detenido?”

Kalen negó con la cabeza a su primo. Lander había avanzado unos pasos, sin darse cuenta de que Kalen no lo seguía. A sus doce años, Lander acababa de empezar lo que parecía ser una prometedora etapa de crecimiento, y había tomado la costumbre de raparse el cabello castaño en la nuca y los lados, para imitar a algunos de los marineros del pueblo. Una pesada bolsa de harina colgaba de su hombro, y al cambiar su peso, el polvo de harina se escapaba en pequeñas nubes que se dispersaban con la brisa primaveral.

“Perdón,” dijo Kalen. “Solo fue un pensamiento pasajero.”

“¿Necesitas ayuda con el pescado?”

“Lo tengo.” Kalen levantó ambos brazos en señal de afirmación, mostrando las cuerdas de pescado fresco que acababan de comprar para la cena de esa noche. Eran lo suficientemente pesados como para clavarse en los dedos de Kalen y hacer que le dolieran los brazos, pero, ¿qué tan patético sería entregarle uno a Lander cuando él ya cargaba con el peso mayor?

Partieron hacia su hogar. Lander saludaba a casi todos a quienes pasaban. Kalen solo saludaba a quienes realmente le agradaban. La experiencia le había demostrado que mostrar cariño donde no era bienvenido solo irritaba a ambas partes.

“Supongo que mañana te irás,” dijo Lander de repente, mirándolo por encima del hombro.

“¿Qué?”

“Acabas de sonreírle al capitán Shunda,” añadió.

“Yo no. Nunca lo haría.”

“Lo hiciste. ¡Parecía que le habías lanzado una maldición a sus ocho nietos en el acto! Estás demasiado amistoso de repente. Eso significa que estás de buen humor. Estar de buen humor, por una vez, quiere decir que el cielo se iluminará pronto y te irás a vivir arriba de esa roca, como un hermitaño delgado y de diez años.”

“En realidad no puedo maldecir a la gente, sabes.”

“¡Ja! Estás sonriendo otra vez. Como un pequeño y escuálido, maldito, hermitaño de diez años.”

“Si quisiera castigar a alguien por ser grosero conmigo, simplemente llenaría sus botas de heces de cerdo,” explicó Kalen. “Sería mucho más sencillo que usar magia.”

“¡Malvado!” repitió Lander alegremente. “Como la tía Shelba. Todos temblamos en nuestras mantas por la noche, sabiendo que compartimos techo contigo.”

Kalen sintió de nuevo la sonrisa en su rostro.

Lander realmente estaba de buen humor aquel día. Probablemente tuviera que ver con que su padre le había prometido hacerle su primer largo viaje por mar en ese año. El tío Holv estaba fuera ahora, cargando mercancía entre Baitown y algunas islas cercanas, pero volvería en un par de semanas.

El gran viaje hacia el continente y de regreso ocuparía la mayor parte de la primavera y el verano, y Lander no volvería al pueblo hasta finales de otoño. Los pequeños primos ya farfullaban sobre lo injusto que era que ellos no pudieran ir también.

—Lander, si te doy dinero, ¿crees que podrías comprarme algunos libros y pergaminos del continente? Será seguro que allí encuentren algo mejor que en Baitown.—

—Bueno, lo intentaría—, respondió Lander—. Dort dijo que me llevaría a las ciudades y que me mostraría todo. Pero no tengo ni idea de cómo elegir libros de magia. ¿Cómo podría saber si te estoy gastando mal tu dinero o no?—

Kalen sentía demasiada vergüenza para admitir que él mismo no conocería el valor real de un libro mágico en ese continente. Ni siquiera había visitado al comerciante en Baitown que le había proporcionado los textos que había estado estudiando durante los últimos tres años. Sus padres le daban una mesada dos veces al año, después de vender los cerdos, y Kalen hacía las solicitudes a cualquiera de los adultos que viajaban por la isla para hacer la compra. Usualmente era el tío Holv o su padre. En ocasiones, Nanu.

Sus peticiones nunca eran ignoradas a propósito, pero casi nunca se cumplían tampoco. No había muchos textos mágicos en Hemarland, y aún menos que pudieran pagarse fácilmente. Antes, una solicitud de “tres libros para hechiceros novatos” había resultado en un solo libro sobre encantamientos dirigido a practicantes de alto nivel, un diccionario rúnico desactualizado por al menos un siglo y un pequeño volumen llamado Cantripy del hechicero Brou.

Kalen aún no lograba entender la mayoría del contenido del libro de encantamientos, aunque lo releía con frecuencia con la esperanza de que de repente se iluminara. De hecho, tenía algunos textos similares—libros y pergaminos llenos de conceptos demasiado avanzados para él. Sin embargo, seguía estudiándolos con dedicación. Había comenzado a pensar que ser practicante era algo así como ser discípulo de un dios tacaño que nunca concedía milagros.

—Escribiré una carta para que la lleves a los vendedores de libros—, le dijo Kalen a su primo—. Creo que en el continente una tienda que venda libros de magia probablemente tenga suficiente conocimiento para ofrecerte lo adecuado.—

Lander asintió en acuerdo mientras se dirigían a la casa.

La pequeña Iless, de siete años, estaba sentada en la larga mesa de madera de la familia, con sus piernas cortas balanceándose y la lengua entre los dientes mientras cortaba los ojos y las partes podridas de una pila de papas viejas.—¿Conseguiste alguna aletas rosadas?—preguntó cuando vio las cuerdas de peces de Kalen.

Él negó con la cabeza—. Te dije que no era la época adecuada para ellas. Son haddock y branquias de hoja.—

—Y mucho harina para freírlas—, añadió Lander, colocando la bolsa en el extremo de la mesa—. Quizá sería mejor no picar las últimas papas. Kalen volverá a ser ermitaño y podrá llevárselas con él.—

—No es que vaya a cruzar toda la isla. Aún puedo volver a casa a cenar cuando lo necesite—.

—Claro que puedes, pero no lo harás—, dijo Lander. Miró alrededor de la habitación principal.—¿Y el resto?—

—La tía Shelba y el tío Jorn fueron a buscar al novillo porque no llegaba demasiado rápido. Y Mamá está afuera con Caris y Veern, lavando las mantas. No sé dónde habrá salido Terth—.

Kalen sabía cómo acelerar el trabajo con la ropa, pero la tía Jayne era la miembro de la familia que menos se sentía cómoda con la magia. Mejor no ofrecerle ayuda en ese aspecto, decidió.

En cambio, él y Lander salieron afuera para limpiar y eviscerar los peces.

Sleepy solía encontrarse merodeando cerca de la casa en esta época del año, aunque los otros cerdos rastrillaban bajo los árboles a cierta distancia. Cuando la cerda se enteró del proyecto de limpieza de peces, apareció junto a Kalen, olfateándolo con esperanza.

“¡No le des todas las entrañas!”, protestó Lander cuando Kalen extendió la mano para ofrecerle algo a la cerda. “Ya es tan grande como el establo.”

“Eso es porque ella es la mejor cerda del mundo”, respondió Kalen, acariciando a Sleepy con una mano sucia.

“¿Recuerdas aquel cerdito que desapareció hace unos meses? Apuesto a que ella se lo comió. Simplemente se lo tragó de un solo bocado.”

“No le hagas caso, Sleepynerth”, susurró Kalen, alimentando a la cerda con más entrañas. “Simplemente está celoso porque tú eres más bonita que él.”

Nadie en la familia dijo mucho cuando Kalen bajó esa noche con su mochila de cuero y empezó a llenarla con provisiones. Iless había dejado un montón de papas feas pero aún comestibles y algunas zanahorias muy duras para él. También había el habitual frasco de bayas preservadas del verano, de su madre. Como siempre, su padre insistió en revisar la nitidez de su cuchillo de bolsillo.

Era una rutina, pero incómoda.

Todos aceptaban que Kalen se iría a realizar cosas mágicas. Aceptaban que su cama quedaría vacía y que sus tareas serían para otro. Pero no era exactamente una aceptación cómoda.

Su padre estaba un poco demasiado preocupado. Y, como para compensarlo, su madre mostraba una alegría forzada y excesiva. La tía Jayne no lograba mirarlo a los ojos.

El momento culminante de la noche llegó cuando Veern, de nueve años, interpretó mal la situación y contó una historia que había escuchado de uno de los vecinos, acerca de cómo el infierno más bonito estaba lleno de wizarns desnudos.

“Bueno, ¡al menos es el infierno más bonito!” dijo Lander. Luego, le dio una palmada en la cabeza a su hermano menor en señal de advertencia.

Kalen le sonrió con gratitud.

Lander era el único en la familia —el único en el pueblo, aparte de Nanu— que siempre se mostraba despreocupado respecto a la magia de Kalen. Kalen había dado por sentado esa actitud de su primo cuando era más joven, pero últimamente había comenzado a entender lo valiosa que era esa cualidad.

Esa noche, Lander incluso se acercó a la habitación de Kalen cuando él leía un libro a la luz de uno de los cristales solares.

“¿Qué pasa?”, preguntó Kalen, dejando a un lado Cantripy del Hechicero Brou. “¿Está roncando Iless otra vez?”

Curiosamente, el miembro más joven de la familia era el que dormía más ruidosamente. A veces, Lander escapaba a la habitación de Kalen para alejarse de ella.

“Siempre”, dijo su primo con una voz de tanto sufrimiento. “Pero vine a recordarte que voy a robarte la habitación otra vez mientras tú estés fuera, y quiero que calentes el suelo. La última vez, lo dejaste frío, y si actúas así, no veo para qué sirves en absoluto.”

Para enfatizar, golpeó con su pie desnudo en el borde del círculo que Kalen había dibujado en el suelo con tinta escarlata.

Kalen parpadeó sorprendido. “Ni siquiera es invierno. ¿Por qué necesitas que el suelo esté caliente?”

“El calor ayuda con los dolores de espalda”, anunció Lander.

“¿Qué eres? ¿Un abuelo?”, pero Kalen en secreto se sintió complacido. Calentar cosas con una versión modificada del círculo de las Prácticas Mágicas Básicas era una de las cosas más útiles que podía hacer, aunque todos, excepto su madre y Nanu, solían negarse cuando él ofrecía hacerlo.

“Lo calentaré por la mañana antes de marcharme,” prometió.

No hacía falta mencionar que eso retrasaría su partida medio día. No debía ocuparse en el círculo, ya que lo mantenía en buen estado. Sin embargo, la magia ambiental era todavía demasiado débil en ese momento. Solo los primeros hilos de la aurora habían llegado a Hemarland. Kalen había mejorado su intuición y pensaba que tardarían otros dos días en aparecer en su plenitud. Además, acababa de terminar de practicar sus conjuros antes de que Lander entrara en la habitación, por lo que su reserva personal de maná estaba agotada por completo.

Se le anularía la cabeza si intentaba sacar más energía de sí mismo en ese momento.

“Haz un buen trabajo, y quizás te vuelva a proveer de comida mientras estás allí arriba, haciendo esas cosas mágicas y herméticas en tu roca.”

“No es que me vaya a morir de hambre solo por practicar.”

Lander lo miró con recelo.

“No soy un loco.”

“Claro que no.”

“Solo olvidé comer una vez.”

“□ vez, y solo duró tres días. Era algo totalmente normal hacer eso.”